
La Novela Corta
BIENAVENTURA-
DOS LOS MANSOS
POR
Emilio Carrere
ts.

Año I Madrid, 29 de Abril de 1916 Núm. 16

# La Novela Corta

REVISTA SEMANAL LITERARIA

Publica los SÁBADOS una novela rigurosamente INÉDITA

Fundador y Director: José de Urquía

COLABORADORES ÚNICOS

LOS INSIGNES NOVELISTAS Y DRAMATURGOS

Galdós.-Benavente.-Pardo Bazán.-Octavio Picón.-Eugenio Sellés.-Guimerá. Valle Inclán.-Baroja.-Blasco Ibáñez.-Alvarez Quintero.-Martínez Sierra.-Azorín.-Dicenta.-Linares Rivas.-Manuel Bueno.-Marquina.-Gómez Carrillo.-Ricardo León.-Trigo.-Rusiñol.-Pompeyo Gener.-Unamuno.-Salvador Rueda. Federico Oliver.

LOS PERIODISTAS ILUSTRES

Bonafoux.-Zamacois.-Cristóbal de Castro.-Parmeno.-Zozaya.-Pérez Zúñiga. Colombine.-Francés.

POETAS Y PROSISTAS AMERICANOS

Santos Chocano.-Leopoldo Lugones.-Amado Nervo.-José Rodó.-Vargas Vila.

Y LOS JÓVENES MAESTROS

Prudencio Iglesias. - Eugenio Noel. - Pedro de Répide. - Villaespesa. - Alberto Insúa.-Carrere.-Hoyos Vinent.-Belda. García Sanchiz.-Pérez Ayala.-San José.

Esta Revista no acepta otros trabajos que los de sus colaboradores ÚNICOS

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

| MADRID Y PROVINCIAS | | EXTRANJERO | |
|---|---|---|---|
| Semestre .......... | 1.50 ptas. | Semestre.......... | 3.— ptas. |
| Año ............... | 3.— » | Año .... .......... | 6.— » |

No se acepta el pago en sellos

Administración: Luna, 27, Madrid - Apartado 498 - Teléfono 5224





# Bienaventurados los mansos...

(NOVELA INÉDITA)

POR

EMILIO CARRÉRE

## Palomo y Peláez.

Don Evelio fulminaba su cólera sagrada desde su alta poltrona de jefe de negociado de *Cuentas incobrables.*

—¡ Este señor *de* Palomo es una calamidad ! ¿ Cuántas veces voy á decirle que me llamo Evelio Peláez ? Pues ¡ que si quieres ! Don Francisco, por aquí ; Don Sebastián, por allá. ¡ Hombre, esto es burlarse de mí !

Y dió un terrible golpe sobre el pupitre con un mazo de balduque, á cuya estridencia se conmovió el alma polvorienta del negociado de *Cuentas incobrables.*

—¡ Usted perdone, Don Federico ! ¡ No sé cómo tengo la cabeza !—replicó el desvencijado y lamentable Palomo.

—¡ Don Evelio ! ¡ Don Evelio !—rugió el terrible jefe, enarbolando el frasco de la goma.

El señor Palomo huyó de su enfurecido superior y sollozó con voz entrecortada :

—¡ Le pido á usted mil perdones ! Es que tengo una debilidad

á la cabeza... ¡Claro, con tan poco sueldo! Pero ya no se me olvidará: ¡*Don Sepelio*! ¡*Don Sepelio*!...

Y haciendo un saludo de rigodón—el señor Palomo era de una cortesanía versallesca—se dedicó á menear su café con un mango de pluma.

Y *Don Sepelio* se llamó desde aquella fecha memorable, para sus cofrades de covachuela, el probo y puntual funcionario público Don Evelio Peláez, que era, lo diremos para su gloria, el empleado que tenía mejor letra redondilla.

Don Sepelio era un alma ingenua de covachuelista. Hacía treinta años que llegaba á la oficina á las nueve en punto, ¡en punto! Vosotros quizá no comprendéis el mérito de esta escalofriante puntualidad durante nueve mil trescientos noventa días. El señor Peláez es digno de una estatua sobre un pedestal de papel secante, en una mano un raspador, y en la otra, su gorrito negro y redondo, en actitud de decir: *buenas tardes*, á la Inmortalidad.

—¡Señor *de* Palomo!—exclamó, levantando épicamente un dedo—. Daré parte al señor Presidente.

Don Sepelio odiaba al pobre Jacinto Palomo, con la violencia vengativa de un corso. Este odio y la pasión de la oficina, eran lo único que removía su espíritu, denso é inmóvil como un pantano. Y le odiaba solamente porque siempre le trastrocaba el nombre.

—¡Pero Don Jesualdo, por Dios, que yo me equivoco sin querer! ¡Lo juro por la memoria de su santa madre, Don Agustín!

El pobre Palomo rompió á llorar y á mesarse los cabellos.

—¡No llores, hombre, que te va á dar el ataque!—exclamó Julito Peregrín, un buen mozo, achulado y pinturero, que iba á la oficina á leer «El arte taurino».

Pero antes de terminar la frase, el pobre Palomo caía, dando zapatetas, en los propios brazos de Don Sepelio.

—¡Rodríguez, traiga agua! ¡Que le ha dado el accidente al señor Palomo!

A Palomo le daban ataques, generalmente, cuando tenía que copiar una minuta muy larga ó sumar cinco columnas de números pequeñitos. El señor Palomo era un hombre de buen gusto.

Desmedrado, cetrino, con un gran mechón tieso sobre el frontal; los bigotes rubiancos, con las puntas hacia abajo. Metido en un chaquet, dorado por el sol de infinitos estíos; los calzones caídos sobre unos zapatos sin tacón, que le hacían caminar sin ruido, como un fantasma grotesco. Jacinto Palomo era el rigor de las desdichas. Sabía del hambre, de la soledad y de la hostilidad de

los hombres. Se gastaba la mitad de su mísera mesada en pagar juicios de faltas, porque cuando se aburría, bebía un poquillo, y en tan regocijante estado tenía la manía de decirles chistes molestos á los señores guardias de Orden público. Y la *señora pareja*, como él decía, le conducía al calabozo, á contarles *su primer amor* á los ratones.

El día de cobro ejercían sobre él una encarnizada cacería las patronas, los camareros y un verdadero ejército de prestamistas. Ese día se estaba hasta el anochecido en el negociado de *Cuentas incobrables*. En esta pintoresca dependencia trabajaban como fieras los empleados, incoando expedientes contra personas que se pudrían en la tierra desde hacía cien años, y que no habían dejado ni bienes ni herederos. Pero es lo que decía, sentenciosamente, el señor Peláez:

—La Administración, es la Administración! A ver, Palomo, saque usted el rollo de Don Manuel Godos, secretario que fué del Concejo en 1804.

Y Palomo trepaba por una escalera, y venía con un mamotreto que conservaba el polvo de más de un siglo, polvo venerable, que hacía que á Palomo le picasen las narices y que rompiese á toser con un quejido que partía el corazón. Ocupado en esta misión trascendente llevaba el señor Peláez treinta años de su existencia, tan preciosa para la Patria.

Don Sepelio amaba á los legajos como á hijos de su espíritu. Los días de fiesta se aburría, y asimismo todas las tardes; pero una noche de insomnio se le ocurrió una idea salvadora. Hacía ya de esta fecha memorable cerca de veinte años. Desde entonces se iba por las tardes á un café solitario, armado de plumas, papel y varios tinteros, y se dedicaba á copiar el *Diccionario administrativo, de Alcubilla*. Las mayúsculas las escribía con tinta roja y en caracteres góticos; el texto, en negro, con letra inglesa, y las notas, en violeta, con signos de redondilla. Sacaba sus trebejos pedía café—mitad y mitad y leche en la copa—, colocaba la falsilla cuidadosamente, suspiraba con la satisfacción del que realiza un ideal, y á trabajar, á matar el tedio hasta la hora de la cena. En veinte años había escrito cuarenta kilos de papel de barba, que eran un monumento caligráfico.

Estaba casado con una dama arrogante, que cruzaba espléndidamente el otoño de su vida. Era una matrona morena y ardiente que iba por la calle dejando una estela de violenta sensualidad. Jacinto Palomo la llamaba *La alegría del batallón*, porque el ma-

trimonio Peláez vivía cerca del cuartel de la Montaña, y la casa estaba siempre llena de oficiales fanfarrones, jefes bigotudos y hasta algún sargentillo atusado y pinturero solía ir á deshora. Todo esto, claro está, sabiéndolo *Don Sepelio*, que estaba en la oficina ó dedicado á su magna tarea de copiar el *Alcubilla*.

Doña Beatriz de Peláez daba saraos en honor de la española Infantería y del Cabildo de la catedral, porque entre los uniformes bizarros negreaban los trajes talares y lucían los vivos morados de los canónigos, galantes y pulidos, como abates del siglo de las pastorelas. Y en la leyenda escabrosa que rodeaba á Doña Beatriz se mezclaba también el nombre de Blanquita, una preciosa morena, que se pintaba los ojos, como su madre, pero cuya juventud magnífica era digna de ser cantada por un príncipe oriental que fuese poeta.

Todas estas habladurías eran obra de Jacinto Palomo, que correspondía al odio de *Don Sepelio* con sátiras terribles. Se aborrecían ambos galeotes de la boyante galera de la Administración pública con un odio amasado de cosas minúsculas y cotidianas, acumulado día por día en el aplastante tedio de la covachuela.

## Un cajero sentimental.

Decíamos que los probos y mansos burócratas se odiaban furiosamente. Un día, el señor Balduquín, oficial de la clase de quintos, no llegó al parte de entrada. Esto era realmente alarmante.

—¡Las nueve y media, y Balduquín no ha venido!—dijo Don Sepelio—. Me choca mucho.

Se abrió la puerta de cristales, y Rodríguez, el ordenanza, anunció lúgubremente:

—¡El señor Balduquín está gravemente enfermo!

Los compañeros cesaron de tomar su café ó de leer su diario, y se contemplaron un punto estúpidamente. Después, Julito Peregrín sacó de su cajón un librito pequeño, que era el escalafón de aquel Centro público, maravillosa rueda de la carreta de la nación.

—Vamos á ver á quién le corresponde ascender en la vacante de Balduquín.

Y antes de que el señor Balduquín estirase la pata, sus cofrades de oficina, los que le veían á diario y tomaban con él el café

á *escote*, se lanzaron como buitres á ver á quién le tocaba ascender en la vacante de Balduquín. Esta fué la oración fúnebre que le dedicaron los camaradas de toda su vida.

Entre tantos empleados, no había sino dos amigos verdaderos: Palomo y Claudio Pérez, el cajero-pagador de la oficina. Eran dos hombres completamente distintos. A las virtudes de Claudio correspondían los pecados de Palomo. Claudio era sobrio, abstenio y casto, y su amigo, borrachín, comilón y voluptuoso. Claudio era ordenadito, buen empleado, tan puntual como Don Sepelio y, en el fondo, tan tonto como él.

Palomo no había llegado nunca á tiempo á la oficina, y el rato que estaba en ella lo dedicaba á hacer coplas molestas para Don Sepelio. Cuando éste lo supo, le lanzó esta tremenda fulminación:

—¡No le faltaba á usted más que hacer versos! Ya decía yo que usted era un degenerado.

Don Sepelio era un psicólogo. Y de la afición á los versos nacía la amistad de Palomo con el cajero; y no es que este equilibrado covachuelista tuviese ese vicio de la rima, propio de gente desocupada y poco seria. La razón es que Claudio estaba enamorado, y Palomo era su secretario lírico.

Se permitía tener un poeta para cantar sus amores, como un príncipe italiano del Renacimiento, y á precios módicos, Claudio también había escrito, pero una cosa más seria. Durante cinco años trabajó en la creación de un volumen de quinientas páginas, en cuarto mayor, titulado:

«*Comentario de las Reales órdenes y disposiciones generales del Estado durante el siglo XIX.*»

Este libro tenía una gran emoción: la de no entenderse ni una sola palabra de su contenido. Sólo el autor estaba en el secreto de su obra. Para los lectores... el más impenetrable de los misterios. Palomo decía que el infortunado Balduquín estaba moribundo de meningitis, por haberse esforzado en comprenderlo.

Y este libro, escrito en un lenguaje desconocido, dió á su autor gran prestigio de hombre docto.

—Este Claudio vale mucho—dijeron todos, y le hicieron cajero-pagador, cargo muy bien retribuído. Como era muy formalito, muy modosito, muy vulgarcito, con su sombrero hongo de alas chiquitas y su espíritu con menos alas que su sombrero, era un ídolo en la oficina.

Claudio tenía una gran pasión por Blanquita Peláez, la hija del terrible Don Sepelio. Después de grandes vacilaciones, acudió á Palomo para que le escribiese una carta de declaración, en versos octosílabos. Los versos más largos no los saben leer las señoritas.

A la cartita en verso—escrita á máquina—acompañaba una posdata, en prosa vil, y, para asegurar el éxito, un ejemplar encuadernado de su obra «*Comentario de Reales órdenes y disposiciones generales del Estado durante el siglo XIX*», dedicado *á la bella y distinguida hija de mi ilustre jefe, la virtuosa señorita doña Blanca Peláez.*

Palomo se divertía mucho con aquel amor de su cofrade, y le pedía dinero con frecuencia.

Claudio Pérez era un pobre hombre, muy tímido, que se aburría cuando no estaba en su negociado. Tenía treinta y cinco años, era bajo de talla y casi calvo. Su figura vulgar y su carácter apocado, todo su ser gris, mediocre, le colocaba en el rango de los señores de sentido común, que no hablan, ni tienen grandes vicios ni grandes virtudes, que se afeitan los sábados y llevan corbatitas de lazos de colores claros, y cuidan de que su reloj marque la misma hora que el de la Puerta del Sol. Además, usaba uno de esos encendedores que no arden nunca.

Vivía solo y comía en un restaurant, al que estaba abonado desde el día que tomó posesión de su destino. Tenía un alma un poquito sentimental; le emocionaba la ópera *Marina*, y el dulce ritmo de las habaneras casi le hacía llorar, sobre todo aquella que empieza: «Tú eres la rosa—yo soy la espina...—tú eres la cuna,—yo, el ataúd». A veces se hallaba demasiado solo, y una vez que tuvo un fuerte catarro, pensó en la utilidad del matrimonio. Nunca había sentido la inquietud erótica, y las mozas de partido le causaban un santo horror.

Pero Blanquita Peláez convulsionó intensamente el estanque de aquel vivir monorrítmico. A fuer de hombre serio, comunicó á su jefe su decisión de convertirle en suegro, antes de que la niña le diese respuesta á su carta rimada y á su volumen de administración, literatura muy amena y decisiva para conquistar el corazón femenino.

Un día le comunicó á Palomo que aquella noche sería presentado á la familia Peláez, y que cenaría cerca de su adorable atormentadora.

Iré con el jefe y con Julito Peregrín, que es visita de la casa. ¡Hoy es el día grande de mi vida!

Palomo se quedó pensativo.

—Siento que te haya dado tan fuerte, porque presiento una desgracia. Me parece que te casan.

—No deseo otra cosa. La vida del hogar es el destino del hombre. Los lazos de la familia, el amor de la esposa, las caricias de los pequeñuelos, que con sus manecitas rosadas...

—¿ Pero me vas á *colocar* un folletín ?—exclamó indignado Palomo—. ¡ Eres un idiota ! Puedes hacer lo que quieras. Piensa que las hijas se parecen á las madres, y la mujer de Don Sepelio...

—¡ Calla ! ¡ Eres una mala lengua ! ¿ Tienes algo que decir de Blanquita ? ¡ Blanquita es más pura que los ángeles y sabrá honrar el nombre de Pérez, que yo la daré en los altares ! Tú eres el cieno del arroyo, ella la nieve de la cumbre ; tú eres...

—Tú eres un predestinado. Ya sabes lo que dijo Jesucristo. Tú entrarás en el reino de los cielos. Créeme que me siento inflamado por una clarividencia profética. Bueno, ¿ me puedes adelantar diez pesetas ?

Era la hora de salir de la oficina. Claudio iba muy preocupado con las palabras de Palomo.—¿ Acertaría el maldiciente ?—y sentía la mordedura de unos celos absurdos. Empezaba á gozar del infierno de los enamorados.

## En familia.

Don Sepelio hubiera querido hacer de su casa una prolongación de la oficina. Así, aquella noche, para tener con quien hablar de expedientes, convidó á comer á Oñate, el empleado modelo, el alma del negociado. Claudio tenía bastante que hacer con sus amores y Julito Peregrín era un tarambana que prefería charlar en un rincón con Doña Beatriz, quién sabe de qué cosas sin substancia Lo cierto es que Julito y la hermosa matrona se pasaban el tiempo en flores de un modo escandaloso ante los ojos ciegos ó distraídos de Peláez.

Oñate era un hombrecillo barbado, barrigudo, de calva sucia florecida de lobanillos. Debajo de las antiparas y encima de unos labios grandes, sangrientos, rezumantes como un tomate reventado, surgía una nariz puntiaguda y encendida por el amor al aguardiente. Odiaba á Palomo, y éste era el lazo que le unía con Don Sepelio.

Ese Palomo, ¿ eh ? Es la vergüenza de la oficina. Porque es lo

que yo digo: Es un bohemio que no toma en serio los expedientes de cancelación de fianzas. ¡No sé si me comprende usted!

—De sobra, amigo Oñate. Es una calamidad. ¿Les parece á ustedes que pasemos al comedor?

Los caballeros dieron el brazo á las señoras: Claudio á Blanquita y Julio Peregrín á la madre. Los viejos empleados continuaron hablando de su negociado, hasta que se sentaron á la mesa.

—Nada de cumplidos. Aquí estamos en familia—exclamó Don Sepelio—. Amigo Claudio, nosotros comemos el cocido por la noche, y como prueba de confianza hacia usted, no hemos querido alterar nuestra costumbre.

Claudio exclamó profundamente emocionado:

—¡El cocido es el arreglo de la familia!

Y como un símbolo de la vulgaridad nacional, apareció una fregona con una gran fuente de garbanzos humeantes.

El cajero sentimental no podía comer. Estaba muy impresionado con aquella conmovedora escena de poesía familiar.

Tenía los ojos clavados en su plato, y con la mano se entretenía en amasar bolitas de pan. Sufría espantosamente, porque no se le ocurría absolutamente nada que fuese digno de sus circunstancias tan solemnes. Se sentía envuelto en el perfume turbador de su novia, una fragancia de carne morena y ardiente, que le magnetizaba como un aroma oriental, delicioso y letárgico. Cuando levantaba hacia ella los ojos sentía un gran deslumbramiento, que le obligaba á hundir en su plato la punta de la nariz.

Blanquita Peláez era una admirable morena pálida, con el casco de cabellos negros, con ondulaciones casi azules. Tenía una belleza de la más pura aristocracia hebrea, con su nariz corvina y aquella palidez transparente de luna y de flor oriental. Su figura era una estatua viva de alabastro y andaba con una gracia solemne de dama de corte.

Era sorprendente que aquella mujer, de belleza tan original y tan aristocrática, fuese *obra* de Don Sepelio. Un misterioso atavismo se plasmaba en el cuerpo de Blanquita, ó tal vez hubo de pasar junto á la familia Peláez algún descendiente de Abraham; ó quizá una noche, en el remolino de un baile de máscaras, á los que Doña Beatriz era muy aficionada...

Claudio estaba seriamente apasionado. Era aquélla la primera palpitación cordial de su alma, que en el fondo sentía unas hambres enormes de ternura. Huérfano desde muy pequeño, vivió con un pariente, sacristán de monjas, muy duro de corazón y más ava-

riento que el dómine Cabra. Le daba poco de comer, aderezado con pellizcos, palmetazos y admoniciones en latín, para mayor tormento. Fué un niño triste y aterrorizado, que tenía alucinaciones espantables. El sacristán le decía cosas incomprensibles y tremendas, que aumentaban el terror de su alma infantil.

—¡Engendro de Barrabás!—clamaba con lúgubre acento de excomunión—. ¡Has traído la deshonra á mi casa! ¡Hijo de un perro, que serás tan bandido como el que te engendró! ¡Tonto de mí que no te llevo al hospicio y me estoy sacrificando por tu bienestar! ¡Si no fuera por el santo traje que visto!...

Claudio tenía terror á su tío. En torno á su nacimiento había una historia escandalosa y triste. Su madre fué una muchacha seducida. Vivía con el pariente, y cuando éste supo el trance, como un energúmeno la golpeó y la tiró á la cara las injurias más soeces. Después la obligó á tornarse de sobrina en barragana, por la dura ley del hambre y del abandono.

El niño creció con el corazón pleno de miedo á la vida y á los hombres, y cuando entró como meritorio en aquella oficina, todo su afán fué conservar aquel rincón de refugio, aquel remanso en su vida tan atormentada. Allí, silenciosamente, día por día, á fuerza de paciencia y de minúsculas virtudes, fué haciéndose una posición modesta. Pero se aburría densamente, y tenía hambre de que alguien le tuviera amor. Y al conocer á la hija de su jefe, aquel hombre casi cuarentón sintió toda la ingenuidad y el perfumado romanticismo de los veinte años, como un fuego desbordante que le enloquecía.

Era un retrasado, que, casi sin pelo en la cabeza, amaba con la ingenua melancolía de un estudiante ó de un cadete. Pero amaba con un caudal de ternura que no comprendía bien su estrecho caletre de empleado probo. Y es que debajo de la concha con verdín del covachuelista había un hombre.

Esto no suele ser corriente entre la respetable clase de ostras de la Administración.

Su enamoramiento por Blanca tuvo en su espíritu la gracia de una resurrección. Dejó de ser un legajo con patas, para trocarse casi en un poeta, que es lo más noble que puede ser un hombre Durante su noviazgo se equivocó varias veces en las sumas, y una mañana llegó media hora más tarde á su negociado. Estos síntomas eran trascendentales. Así como el simio se trocó en hombre, por gradaciones ascendentes sucesivas, el empleado, esa máquina automática, se iba convirtiendo en persona.

Después de la cena se trató del casorio. Allá, en los primeros días de la primavera... Claudio quería adelantar la fecha; pero Doña Beatriz se opuso. Había que pedir *al extranjero* el equipo de la niña. Don Sepelio miró á su esposa con ojos de carnero aterrorizado. Veía el pobre hombre un largo cortejo de pagarés, de letras, de escrituras que, como garras de un fantástico monstruo de presa, caían sobre su paga, y se atrevió á murmurar:

—La cosa es que los chicos tienen prisa... y es natural. ¿No sería lo mismo comprarlo aquí? En *La ideal canastilla*, esa tienda grande de la calle de Toledo, hay cosas de mucha *fantasía.*

Doña Beatriz se irguió con un gesto de reina ultrajada:

—¡Basta, Peláez! Me avergüenza que me hayas llevado al altar. Eres un hombre plebeyo y sin imaginación. Mi hija, la nieta del coronel Fernández López, no se casa con un *trouseau* de la calle de Toledo. ¡Puaf! ¡Qué asco! ¡Peláez, nunca has sido un hombre distinguido!

La señora llamaba á su esposo por el apellido en los momentos de gran indignación. Claudio, que conocía el genio terrible de Don Sepelio... por sus disputas con Palomo, tembló ante un probable drama de familia. Pero el terrible jefe del desvencijado Palomo se limitó á murmurar una excusa medrosica:

—¡Yo lo decía... pero si á ti no te parece! En fin, sea lo que tú dispongas.

Y Don Sepelio se hizo un ovillo en su sillón, dispuesto á no despegar los labios sin permiso de su señora. El amigo Oñate vino en su ayuda, hablándole de cosas burocráticas. Fué como una inyección de cafeína, que animó á aquella piltrafa en clase de marido.

—Ese señor *de* Palomo me quema la sangre. Ayer le dije que atase unos legajos, y lo hizo de cualquier manera. ¿Qué se puede esperar de un funcionario que no sabe atar los legajos? Un día voy á tomar una determinación muy enérgica con él.

Y Don Sepelio levantó un dedo, muy tieso, que era el más terrible síntoma de su indignación.

## Donde asoma una nariz de garduña.

Muchos de mis lectores habrán conocido á Don Paco Maraña, un honorable usurero que iba hace años al café de las Columnas, y que tenía su guarida en una casuca tenebrosa de la calle del Molino de Viento. Era un viejo gordinflón, de escasa estatura, de ojos redondos y nariz de pájaro de rapiña. Tenía un nombre representativo. Maraña se llamaba, y bien lo sabían los desventurados covachuelistas que caían en sus uñas. Un pagaré en las manos de Don Paco Maraña significaba el dolor de toda la vida, la cárcel muchas veces, tal vez el suicidio, porque Maraña tenía un genio infernal para envolver trágicamente á sus deudores en sus tentáculos viscosos, entre la tela de araña de falsos depósitos, reconocimiento de sumas exorbitantes, falsificaciones de cédulas y otros documentos, que eran como grilletes, que en una hora de apuro amarraban de por vida á los necesitados á la feroz avaricia de Don Paco Maraña.

Yo creo que muchos recordaréis á este encantador personaje. Fué como os he dicho, y se nombraba de igual manera, hasta que un día vino á buscarle Caronte para llevárselo á los infiernos. Tengo empeño en que se recuerde que el tal fué así, para que quede sentada mi veracidad de fiel historiador.

Jacinto Palomo era parroquiano de Maraña. El sórdido usurero se llevaba la mitad de su paga mezquina. Un día tuvo necesidad de algunos duros más, y convenció á Claudio para que firmase como fiador en un pagaré en favor de Don Paco Maraña. Y á su covacha se encaminaron los dos amigos al atardecer de un día lluvioso, uno de esos días que son un suplicio de una Inquisición grotesca para los infortunados que tienen los zapatos rotos.

Subieron una escalera renegrida y pina, digna de un zaquizamí prostibulario. Palomo llamó con los nudillos, y después de bastante rato crugió el ventanillo, y un ojo desconfiado atisbó á los visitantes.

—Abre, Juanito, no tengas miedo, que no nos vamos á comer los menudillos de tu señor tío.

—Va en seguida, señor Palomo—cantarineó una voz afeminada.

Rechinaron los cerrojos, y después de dos vueltas de llave y de

desatrancar una barra de hierro, se abrió la puerta de aquella fortaleza misteriosa.

—Pasen á la sala. Mi tío tiene visita—musitó un jovencito rubio, con el cabello rizado y voz de niño de coro.

Avanzaron por un pasillo negro, lleno de revueltas inquietantes. Había un gran silencio y un olor agrio de comida pobre.

Llegaron á la sala, reducida, amueblada con sillas muy viejas de tapicería, un sofá destripado y un espejo de cristal amarillento cubierto por un tul color de rosa. Todo era obscuro, zurdo y antipático en aquella casa.

Palomo tenía un conflicto enorme. Desde por la mañana estaba su misérrimo ajuar en medio de la calle. Su casero era una fiera, que le había echado por deberle año y medio de casa. Su mujer estaba en el hospital, y ni su chiquillo ni él habían probado bocado desde la víspera. Pero Palomo tenía aún humor para hacer chistes.

Detrás de una puerta vidriera que había al fondo de la sala se oía un apagado ruido de voces. A veces se recortaba en el cristal esmerilado la silueta de Maraña, como un monstruo fabuloso de presa.

—¿Conoceremos al infeliz á quien está devorando Maraña?—preguntó Palomo.

Un reloj de cuco medía el tiempo con una lentitud desesperante. Claudio estaba molesto en aquella casa silenciosa y preñada de torvas inquietudes.

De pronto se oyó claramente la voz del usurero:

—Yo tengo mis documentos en regla, y si no cumple usted, le meteré lindamente en la cárcel. Con mi dinero no se juega...

La otra voz respondió confusa, suplicante, cortada como un sollozo. Se veían revolar las manos de los interlocutores, como unas sombras de linterna mágica.

—Ya sé que tenemos cuenta hace muchos años. Por eso quiero servirle á usted. Pero el dinero está cada vez más caro. Esos seis mil reales le suben á usted á cuatro mil pesetas.

Las voces se hacían más destempladas.

—¡Es demasiado, es demasiado! Voy á estar trabajando todo el mes para que se lleve mi paga íntegra.

—Usted verá lo que le conviene. Hay que acumular el interés de las cuentas anteriores. Y todavía le hago el favor de no ir al Juzgado. Con un simple recibo...

Claudio estaba indignadísimo.

—Pero ¿ este miserable no tiene ni un resto de conciencia ?

—¿ Qué dices, hombre ? ¿ Olvidas que estamos en casa de un usurero ? El tanto por ciento no es una cosa sentimental. Este hombre de números fabrica su bienestar con las miserias de los infelices. ¿ Te gusta este juego de palabras ? Pues es una cosa seria—añadió poniéndose cómicamente triste—. ¿ Estás muy seguro de no hacer ninguna visita á este ladrón... ahora, cuando cometas la idiotez de casarte ?

Volvieron á sonar las voces en el gabinete misterioso :

—¡ Por el amor de Dios, Don Paco, que me ahoga usted ! Ya le doy la mitad de mi paga como interés. Si hacemos esta operación como usted quiere, no sé qué va á ser de nosotros.

—No tome usted más dinero. Gastan ustedes mucho en fiestas, en cosas superfluas.

—Es un caso de honor... es decir, eso afirma mí señora. Necesitamos esa cantidad porque se trata del porvenir de nuestra hija. ¡ Sea usted más humano, Don Paco ! Rebaje esos réditos tan enormes, que no sé cómo podré pagar.

Se hizo más apagado el rumor de la conversación. Había algo de pesadilla en aquel diálogo de angustia sostenido por dos sombras. Por fin, debieron de ponerse de acuerdo, porque se oyó la voz gangueante del prestamista :

—¡ Juanito, ven á extender el documento !

Cinco minutos más tarde Claudio y Palomo oyeron claramente la voz atiplada del efebo del pelo rizado, que cantarineaba :

«Yo, Don Evelio Peláez, jefe del negociado de *Cuentas incobrables*, declaro haber recibido de Don Francisco Maraña, en calidad de depósito, una sortija de brillantes tasada en cuatro mil pesetas, y además me comprometo... »

—Firme usted, señor Peláez.

Se oyó el crujir nervioso de la pluma sobre la aspereza del papel de oficio.

Palomo tuvo que detener á Claudio, que quería penetrar violentamente en el gabinetito.

Eso es la deshonra... el presidio. Ese pobre viejo no debe firmar ese documento inicuo.

Pero ya salía *Don Sepelio* por la puerta que daba al lóbrego corredor.

—¡ Vaya con Dios, señor Peláez ! Y ya sabe que si los días primeros no me trae los intereses, llevo el recibo al Juzgado. No se le olvide.

—¡Qué he de olvidar, señor Maraña!—y luego, como hablando consigo: —Estas cosas me quitan la vida. En fin, ella dice que es preciso que el *trouseau* venga *del extranjero...*

## La poesía del hogar.

Y Claudio Pérez se casó.

Fué un día memorable para los empleados de aquella oficina. Palomo y Oñate se embriagaron de un modo copioso y se fueron juntos cantando *Marina*. Peláez rayó á gran altura como suegro y como jefe, sin que la alegría natural ni los licores le hiciesen perder su dignidad de hombre de expedientes.

Blanquita está divina con el magnífico traje blanco, traído de París, y el ramo de azahar, tal vez demasiado grande. Fué empeño de la madre, que quiso que todo el mundo viese bien aquel símbolo de pureza.

Y después de aquel día magno volvió triste, tediosa, la vida de siempre.

Claudio no estaba contento. Quería cada vez más á su mujer; estaba como embrujado por aquella magnífica belleza de apoteosis sensual, que era toda suya en los delirios nocturnos. Pero los días eran lagunas de silencio, de vulgaridades, de esperas impacientes de la llegada de la noche. Se habían estrechado, fundido, macerado en los paraísos concupiscentes; pero sus almas se eran completamente extrañas. Después del ardor animal había entre ellos un gran asombro de hallarse desnudos en el lecho, cuando apenas se conocían por dentro. Y sentían un tedio infinito sobre sus almas, el epílogo triste y puerco del placer.

Claudio estaba notablemente más flaco, con el color amarillo y unas ojeras cárdenas hasta las orejas.

—Es mucha mujer para un hombre solo—decíanle picarescamente.

Claudio notaba cierta ironía en las palabras, en los gestos de sus compañeros de oficina. No lo entendía bien; pero aquello le inspiraba miedo y vergüenza.

—A este infeliz, dentro de un año va á haber que hablarle con burladeros.

Y Julito Peregrín, para hacer gracia á los demás, le saludaba marcando suertes de lidia. Todos se reían, y Claudio se quedaba

confuso. Por su fortuna, no había asistido jamás á la bárbara fiesta de los toros.

—¿Qué hay, amigo Claudio?—y daba un recorte de molinete—. Pase usted, hombre—y marcaba media verónica, sacando mucho el abdomen—. Venga usted aquí, y echaremos un pitillo—y con ambas manos en alto señalaba un par de banderillas al quiebro.

Palomo sí comprendía; pero callaba, lastimado de su ingenuo amigo. La gente no tenía fundamento para aquella crueldad burlona. Aún no era tiempo. Pero no podía ser de otra manera. Sobre Claudio pesaba la fatalidad de ser cornudo.

Vivía con la familia Peláez. Doña Beatriz era un cómitre; trataba á los demás como su padre, el heroico coronel Fernández López, á los reclutas de su batallón.

—Peláez, eres un hombre sin principios. Nos pones en evidencia con las visitas. Lo mejor será que te acuestes ó que te vayas á la cocina cuando venga alguien de cumplido.

Doña Beatriz era una manirrota. *Don Sepelio* temblaba cuando salía de compras. Vestidos de cincuenta duros, sombreros, pieles... sin la menor piedad del esposo, atormentado por el espectro de Don Paco Maraña y por el genio arbitrario, despótico de su mujer. Ni ella ni Blanca le tenían afecto. Eran dos bellos animalitos de lujo y de cueldad, y creían que el hombre tenía la obligación de traer todo el dinero que fuese necesario. Ahora eran dos los esclavos de su capricho y de su egoísmo.

Claudio lo comprendió desde el día siguiente á la boda. Allí el amo era Doña Beatriz. Un amo cruel, frío, insaciable. Trataba á su marido de un modo vergonzoso. Parecía que le tenía aborrecimiento. Toda la dulzura de la dama era para Julito Peregrín. El mozo achulado y cínico era el último capricho de aquella gran caprichosa.

Julito comía y cenaba en la casa, acompañaba á las señoras en el paseo, en el teatro. Claudio sentía una gran indignación; pero no se atrevía á decir nada. Tenía una especie de pavor á Doña Beatriz. Era una parálisis de la voluntad, una fuerza sin lógica la que le amordazaba. Era un pobre de espíritu, y estaba dominado

—Este—decía la señora—hará lo que quiera Blanquita, porque es muy galante, y Blanquita hará lo que á mí se me antoje.

Y por este razonamiento pintoresco Claudio quedaba en igual situación que *Don Sepelio*.

Los dos hombres le entregaban las pagas, y la dama las em-

pleaba de un modo fantástico. Antes de mediados de mes reclamaba más dinero, y ellos eran los encargados de traerlo, fuese como fuese...

Si no lo podían hallar, aquel hogar era un infierno. Julito, que no salía de allí, daba la razón á la señora. Y después de las disputas, ya se sabía: *Don Sepelio* estaba castigado á dormir en la alcoba del pasillo. Su esposa cerraba con cerrojo la cámara nupcial para evitar un asalto que, por su parte, *Don Sepelio* no pensó nunca en cometer.

Se dormía como un bendito ó como un tronco, porque tenía que levantarse temprano para llegar á firmar la entrada en la oficina. Y ya á las tres de la madrugada, rechinaba la puerta de la escalera y unos pasos de hombre iban sigilosos hasta la alcoba de la opulenta Doña Beatriz. A la hora de marcharse daba *Don Sepelio* unos tímidos golpecitos en la puerta.

—¿Quieres algo? Ya me voy á la oficina.

—No quiero nada, Peláez; puedes irte tranquilo.

Y tan tranquilo se marchaba á luchar con el balduque, con la salvadera y con las bromas pesadas de Palomo.

Claudio se enteró en seguida de aquella trapacería, y buscando palabras discretas, para no herir su sensibilidad filial, se lo dijo á su mujer. Pero Blanquita respondió con una gran naturalidad:

—Me habías asustado, porque creí que era otra cosa. ¡Como hacías tantos aspavientos!

—¿Pero no ves la trascendencia que puede tener esa infamia? ¡En la misma alcoba nupcial!

—No te preocupes. Mi padre está acostumbrado á las travesuras de mamá.

Y le echó los brazos al cuello, buscando los labios con su boca de llama, fragante y vampiresa. Claudio estaba avergonzado, lleno de ingenua indignación. Pero vió á flor de labio la garganta divina de su esposa, sintió sobre su pecho la mórbida tibieza de los senos grandes y ambarinos, y olvidó las tragedias grotescas de su suegro para dejarse arrebatar en un frenético galope de sensaciones inefables.

Esa era la fuerza mágica de dominación de aquellas dos mujeres-sirenas de la voluptuosidad, devoradoras del oro, de la energía y del corazón de los míseros esclavos de su carne magnífica y ardiente.

Blanquita le dijo á su madre que Claudio la había descubierto.

—¿De modo que se ha indignado mucho? Tú también tienes

la desgracia de estar casada con un imbécil. Le dices que yo hago en mi casa lo que me da la gana. Y procura que no dé un escándalo, si no quiere verse las caras con Julio. ¡Estos empleadillos son una gente sin espíritu!

Y la dama, envuelta en una gran bata de terciopelo azul, con los brazos y el pecho desnudos, se alejó con el gesto magnífico y teatral de una reina remota de Oriente.

## El chulo.

Doña Beatriz había tenido muchos amantes, y á todos los había dominado, á todos les había envenenado la vida. Sus devaneos no pasaron de caprichos más ó menos largos, y siempre imponía su voluntad de real hembra. No amó á ninguno. Cuando se cansaba, los substituía inmediatamente. Pero, por una rara contradicción, se había enamorado en serio de Julio. Y las pasiones de las mujeres maduras son de una trágica violencia, de un fuego sensual verdaderamente peligroso.

Como hay mujeres de amor, también hay hombres de placer. Julio era un chulo, que desenvolvía su medio de acción en un ambiente más elevado. Pero su espíritu era igual que el de *El Chulo de la Mostaza*, pongamos por organillero, feriado por las palomas nocturnas de esas encrucijadas de Jacometrezo, Abada y Horno de la Mata, que son el jardín de Afrodita madrileño.

Peregrín era el primer amor de la dama, el único hombre que la había hecho sufrir. Para él era sumisa, apasionada, capaz de todas las bajezas y de todas las abnegaciones. El mozo era guapo, de buena planta, y, por costumbre de tratar mujeres, las hablaba de una manera frívola y picante, dándoles celos, refiriendo chistes, fingiendo apasionamiento, con palabras gitanas y tropos de copla flamenca. Y también tratándolas con dureza, con desplantes de niño mimado por las hembras, después de las caricias más perversas y de los decires más sensualmente chavacanos.

—¡Que te quiero yo á ti, negra! ¡Toma toda la *sangresita* de mis venas, gitanaza!

Y ponía los ojos en blanco, é hipaba como para cantar una malagueña. Y la señora de Peláez se derretía por el mozo pinturero, encantada de poner tan cumplido colofón á su laboriosa vida de aventuras. Julito Peregrín era un hombre de placer, carne

de capricho, de juerga y de burdel, y Doña Beatriz sentía que se revelaba su alma verdadera con aquel cariño, su alma de prostíbulo elegante, de hembra de *tronío*, á pesar de sus delirios de grandeza y de su empaque de alta dama. Sentía un placer masochista en envilecerse con Julio, en entregarse con sumisión de animal inferior; sacaba gusto de sus caricias y de sus malos tratos.

Julio tenía aquel destino en el Negociado de *Cuentas incobrables* por influencia de un pariente suyo, conocido en las altas esferas con el aristocrático título de Germán *el Matute*. Este señor de Matute era una fuerza en la menguada política española. Matasiete por guapeza y fullero de oficio, gozaba del pleno favor de un ministro, por alguna tenebrosa complicidad. Había sido matutero, y de tan distinguida profesión le venía la gracia del remoquete. Fué el hombre de confianza para las elecciones difíciles, y el garrote de *El Matute* era un gran alegato en pro de la sinceridad del sufragio. A tan prestigioso personaje debía, pues, los seis mil reales al año Julito Peregrín; pero él se ayudaba explotando su físico con las damas caprichosas y dando encerronas de juego, porque con los naipes en la mano era más ladrón que Pablos, y el Bachiller Trapaza, y todos los pícaros juntos de la clásica gallofa.

Con tan lucidas prendas no extrañaréis la pasión que inspiraba á Doña Beatriz.

A Blanquita también le hacía gracia. La hacía reir mucho, era buen mozo, con fanfarronería de flamenco de tablado, sabía todos los *colmos* y *parecidos* que hacen las delicias de todos los horteras y los covachuelistas. Era una verdadera joya, para una mujer, el tal Peregrín.

Claudio notaba que el mozo la miraba con codicia. Siempre le había gustado la chica; pero la madre, recelosa, nunca le dejó hablar á solas con Blanca. Una tarde celebraban la fiesta onomástica de *Don Sepelio*, é improvisaron un poco de baile. Claudio no sabía bailar, y Blanquita se moría por tan edificante ejercicio. Esta falta de Claudio motivaba un gran desdén por parte de su esposa.

Toda la tarde bailaron juntos Peregrín y Blanquita. Y en el baile, Peregrín era un verdadero doctor. Fué *punto* en los salones de *más postín*, y una vez se ganó un premio, consistente en un pañuelo de seda y un caruncho, por bailar con los pies atados sin salirse del mismo ladrillo.

Claudio sufrió un tormento espantoso. Los vió girar y girar,

á unos acordes voluptuosos, en contacto el busto pomposo, cuyas magníficas pomas ascendían y descendían con un ritmo hechizador en la dulce agitación del baile; las piernas que se entrecruzaban en las vueltas, los rostros muy juntos, los ojos clavados en los otros ojos... Parecía una cópula cínica antes sus propias miradas, una fusión carnal, á la que la música era un subrayado ferozmente sarcástico. ¡Ah, ella le miraba de un modo!... ¡Y él entornaba los ojos con una gachonería de burdel!...

Claudio sentía unas ansias infantiles de llorar á lágrima viva. En aquella danza un poco canallesca veía desmoronarse la fábrica ideal de su dicha mansa y modesta, de su vida armoniosa y humilde, de su amor, aquel inmenso y único amor de su vida, que llegaba tan tarde, para envenenarle el alma y hacerle llorar á solas una tragedia horrible y grotesca.

Recordó las palabras proféticas del desvencijado, cínico y lamentable Palomo:

—¡Eres un predestinado!

Tenía razón; lo veía ante sus propios ojos. Una fulguración sangrieta le encendía el cerebro. ¡Quería matarlos, despedazarlos! Y levantaba el puño amenazador. ¡Tenía el deber de vengarse de tan miserable estafa! Pero en su conciencia sentía como unas ligaduras de la voluntad, una mordaza en su pobre espíritu, y comprendía que era un hombre sin energía, un infeliz, con el que se puede hacer todo impunemente. Era un cobarde, sentía un miedo irresistible y sin lógica, una poquedad morbosa de corazón. Era una triste alma paralítica.

Así, como un hipnotizado, sin protestar, sin erguirse, oyó bien claro, al pasar la pareja junto á él, cómo Julio le decía apasionadamente á Blanquita estas palabras equívocas que le taladraron el cerebro:

—Me prometiste que cuando te casaras...

### Donde vuelven á aparecer las garras de la garduña.

Oñate leía el *A B C*. Palomo calentaba en la estufa una tortilla tabernaria, con una capa de verdín adquirida en largas horas de escaparate. *Don Sepelio* ataba legajos, y Peregrín decía *colmos*. De pronto se alzó la voz de Palomo:

—¿En qué se parecen las hijas de Oñate á las borracheras de Peregrín?

Momento de estupor. Oñate era el segundo jefe, y se alzó colérico al ver complicadas á sus herederas, unas damitas esmirriadas, con una cosa tan absurda.

—¡Que lo diga! ¡Que lo diga!—gritó Peregrín.

—Pues en que las hijas de Oñate son unas chicas menudas, y Peregrín, ¡menudas son las borracheras que coge!

—¡Guau! ¡Guau!

—¡Canalla! ¡Bandolero!—aullaron Machancoso, Gutiérrez y Martínez, chupatintas *de la clase de quintos.*

*Don Sepelio* se irguió majestuoso, interrumpiendo el regocijo de sus subordinados:

—Señor *de* Palomo. Mancha usted, con sus bromas procaces, el santuario de la familia...

—No se ponga usted tan solemne, Don Teodomiro. Es una chirigota inofensiva.

—¡Protesto!—gritó Oñate, blandiendo una regla.

—Ahora voy á decírselo al presidente—exclamó el jefe levantándose de su sillón.

—Le advierto á usted, Don Nicanor, que voy á renunciar al destino. ¡Aquí no se puede vivir! Todas las cosas que digo le sientan á usted como una banderilla, mi querido Don Telesforo.

*Don Sepelio* se detuvo. Sintió la frase mordaz, como un latigazo en la cara. Y se volvió á su pupitre silenciosamente.

Palomo salió en busca de Claudio para pedirle un anticipo. Aquel día no tenía dinero para comer. Claudio no estaba en su mesa. Unos empleadillos comentaban en voz baja un suceso de gravedad.

—Les digo que lo he presenciado yo... Ha venido Maraña, el usurero, y le ha dicho á gritos que si no le pagaba hoy, le metía en la cárcel.

—¡Qué sorpresa! Claudio fué siempre tan ordenado, tan formal.

—Desde hace un año, que se casó, ha cambiado mucho la cosa. Yo sé que está ahogado de deudas...

—Debemos tomar un acuerdo todo *el personal*. Un día vuela con las pagas...

—Su casa es un pozo para el dinero. ¡Yo le tengo lástima!

Palomo se alejó de ellos muy contrariado:

—Ya cayó en las uñas de Maraña. ¡Cómo me temo haber acertado en este asunto, yo que no acierto nunca!

Al dar la hora de salida estaba consternado. Claudio no había vuelto, y su comida estaba en las estrellas, que es donde se hallan las cosas agradables de la vida. La tortilla verdosa de por la mañana le había hecho el efecto de un *vermouth*, y además, su familia le aguardaba para ver si se podía disponer un simulacro de almuerzo. Los chicharrones y el chocolate crudo constituían de ordinario la base del régimen alimenticio. Era una familia que siempre tenía el estómago sucio.

Dieron las dos en el magnífico reloj de pared del despacho presidencial. Palomo se quedó mirando como un bobo el admirable horologio, Después se encaramó en una silla, y descolgando el reloj, lo guardó debajo de su capa. El peligro estaba en que le descubrieran los porteros al cruzar la antesala. Aguardaría un poco á que salieran todos los empleados.

—No me remuerde la conciencia! Con lo que me den de empeño comeremos dos días... en serio. Y si el presidente quiere saber la hora, que mire el reloj de Santa Cruz, que está en frente de su despacho.

Cuando ya bajaba por la escalera, le alcanzó un señor rubio, que se llamaba Moreno y que creía ingenuamente en su enfermedad.

—¿Cómo va usted de sus ataques, amigo Palomo?

En la escalera, desierta, resonaba claramente el tic-tac del cautivo reloj de pared. Palomo, temiendo ser descubierto, puso una cara muy triste.

—¡Muy mal, señor Moreno! Me han dicho que es cardíaco. ¿Oye usted esto que suena, que parece un reloj? Pues son las palpitaciones de mi corazón. ¡Esto se va, querido Moreno, esto se va!—y señalaba el estupendo horologio del despacho de Su Excelencia.

Y tras de despedirse de su compasivo cofrade, se encaminó á una casa de préstamos, de donde salió con cinco duros. Iba en volandas hacia su hogar, pensando en el banquete que iban á darse, cuando halló á Claudio, que salía de la cueva de Maraña. Palomo le puso al corriente de lo que de él se murmuraba en la oficina.

—¡Estoy ahogado, Palomo; no puedo más; ¿Sabes lo que he tenido que hacer para conjurar el conflicto por el momento? Te-

mar dinero del fondo del material. Si me obligan á hacer arqueo, tendré que pegarme un tiro.

—¡ Pobre Claudio ! ¿ Pero en qué te gastas tanto dinero ?

—No lo sé. En la casa, en vestidos para ellas, en caprichos absurdos que no tenemos posición para sufragar. Te digo que no lo sé.

—Pero rebélate, hombre ; ten energía.

Claudio bajó la cabeza con el enorme dolor de los pobres de espíritu.

—¡ No puedo ! Estoy dominado, anulado ; soy un guiñapo. Veo que voy hacia el abismo, y no tengo ánimos para protestar. Soy un desdichado. ¿ Qué quieres que yo le haga ?

Y tomando del brazo á su camarada, agregó con los ojos llenos de llanto :

—A ti te lo puedo decir todo, porque sé que eres un amigo leal. Estoy seguro de que me engaña, ¿ oyes ? Estoy completamente convencido. Me engaña de un modo descarado, sin importarle que yo lo sepa. Y esto es lo verdaderamente monstruoso, lo incalificable—lo que haría reir á mandíbula batiente al que lo supiera— : á pesar de todo, estoy locamente enamorado de ella. No me la puedo arrancar del corazón. La quiero con delirio, y esto es lo que me desespera, lo que me vuelve loco. No soy capaz de dejarla, porque, además, Blanca está encinta. Al principio tuve una alegría enorme, que me compensó de todo lo que estoy sufriendo. ¡ Un hijo, Jacinto ! ¡ Un hijo de mi alma y de mi carne ! Después, figúrate por qué, sentí una tristeza, ¡ una tristeza !...

Palomo, con los bigotes caídos, el chapeo abollado y la boca abierta, estaba perplejo ante aquella compleja situación moral de su amigo. Y, al fin, no encontró mejor solución que encogerse de hombros.

—¡ No sé qué va á pasar aquí ! Me he confiado á ti porque sé que eres mi amigo. Ahora, dame palabra de que me guardarás el secreto.

Palomo se puso muy solemne, con la mano diestra sobre el corazón.

—¡ Te doy mi palabra de honor ! Pero, chico, la verdad, yo creo que todos estamos en el secreto...

## El hijo.

Y la esposa de Claudio tuvo un hijo.

Una cabeza enorme bailando fúnebremente sobre un cuello ahilado; dos ojillos estrábicos y purulentos, una panza disforme sobre unas piernas zambas y esqueléticas. Tal era el fruto de bendición que Dios envió al manso covachuelista. ¡Podre, absurdidad, fealdad monstruosa, cretinismo, degeneración! Era el heredero de lacras vergonzosas en la carne; de una obscuridad eterna en el cerebro.

—Esta criatura no se puede lograr—dijo el médico—. Y será un bien para él y para ustedes.

Y como un sarcasmo de la Naturaleza contra la Ciencia vanidosa, el niño vivió. Y Claudio puso en él todas sus ternuras desesperadamente, con la condensación de todo lo que había en él de más hondo y de más noble. Por ser una ruina, un andrajo humano, le amó con un acendrado amor de caridad, haciendo una verdadera exaltación mística de su sentimiento.

Blanquita no quiso darle el pecho. Los senos de las mujeres pierden su delicada morbidez dando de mamar á los hijos. Y Blanquita poseía unos senos verdaderamente maravillosos. ¡Hubiese sido un dolor!

Se habló de darle á criar fuera; pero Claudio se opuso, con una energía insospechable. Vino, pues, á aumentar considerablemente el precario presupuesto doméstico uno de esos animales voraces, insaciables, despóticos, groseros, que llamaremos literariamente el restorán de los niños. Un par de ubres, unos zarcillos de moneditas de plata y una cofia. Y debajo de la cofia un absurdo cerebro mercantil, capaz de convertir en pesetas el licor misterioso que fluye de los senos de la mujer.

El chiquillo estaba constantemente con un pie en el cementerio. Un médico severo, brusco, de una honrada sinceridad, exclamó, encarándose con Claudio:

—De toda la tragedia de esta vida monstruosa es usted el único culpable. Usted debe ser alcohólico y avariósico... Mire usted cuál es su obra. Los padres se divierten y los hijos pagan las consecuencias.

Claudió bajó los ojos y lloró. Jamás había sido aficionado á beber, y nunca supo del deleite placentero con hembras de encru-

cijada. Era esto una cosa grotesca; pero Claudio fué al matrimonio con una virginidad que no confesaba por pudor. Esto hubiera hecho reir mucho en la oficina.

En cambio, Julito Peregrín... Su juventud tumultuosa, de garito y taberna, ostentaba las lacras del tremendo mal como un blasón de baja galanía...

Claudio lloró en silencio y no dijo nada.

Vivía en su casa como un extraño. Blanca se resistía á compartir con él los deleites conyugales. En su eterna resignación, Claudio durmió en otra alcoba, cerca de su hijo, vigilando al enfermito con un amor digno de ser maternal.

Muchas noches, cuando el niño se agravaba, salía en angustiosa peregrinación á comprar medicinas, á la busca del médico de la Casa de Socorro, que siempre llega tarde, malhumorado por el sueño turbado, por la partida de tresillo interrumpida, y que miraba al enfermo sin interés, fríamente, para cumplir con el desapacible deber de la noche de guardia.

Aunque tenían dos criadas, iba él siempre por el médico, por los medicamentos, por todo lo que se relacionaba con el enfermo, que inspiraba asco é indiferencia incluso á su madre.

*Don Sepelio* dormía definitivamente en la alcoba del pasillo. Doña Beatriz lo decretó así una mañana.

—Peláez, eres un hombre ordinario. Roncas lo mismo que un aguador. Desde hoy dividimos el tálamo.

Doña Beatriz tuvo unos terribles disgustos con su hija, cuando se enteró de que Julio la galanteaba. Después, transigió con la intrusa. Y madre é hija alternaron en las caricias gachonas de burdel del señorito chulo. La dama aceptó el papel de segundona, sin que su dignidad maternal se alterase; ante todo, no quería perder su último *capricho*. Era un espíritu depravado por la lujuria, pero humano, monstruosamente humano.

Seguían su vida de suicida fastuosidad. Claudio, el burro de carga, acarreaba todo el dinero que buenamente podía. Y también malamente...

Como era el cajero-pagador, sabía qué empleados estaban libres de cuentas con usureros. Y, reservadamente, con los émulos de Maraña, firmaba pagarés falsificando la firma de sus compañeros.

El día de cobro tenía que pagar los intereses, más de su sueldo, infinitamente hipotecado, para que no se descubriera la vergonzosa tramoya.

Se deshonraba á sabiendas; bordeaba el presidio, por amor

á su hijo y también, á pesar de todo, y esta monstruosa aberración de su corazón le enloquecía, por un amor insensato hacia su esposa.

Pero un día...

Llegó á la oficina á la hora de costumbre. Notó una agitación extraordinaria. Supo que á Palomo le había tocado el premio mayor de la lotería—siete mil pesetas—, y que había renunciado al destino. Fué una renuncia escandalosa. Palomo había entrado, sin anunciarse, en el despacho del presidente, dando un empujón al ujier.

—Señor presidente: vengo á dimitir mi cochino destino de seis mil reales. ¡Métase usted mi plaza en las narices! ¡Me alegraré que se muera usted del cáncer que tiene en la oreja izquierda! Ahora soy rico. ¡Ah! Y sepa usted que el reloj de su despacho lo he empeñado yo. Si quiere usted le daré la papeleta.

Y haciendo una zalema grotesca, se marchó para siempre de la oficina. ¡Palomo era feliz!

Cuando Claudio llegó á su despacho, Rodríguez, el viejo portero, le dijo agriamente:

—Los señores consejeros le aguardan á usted en seguida.

Claudio palideció. Aquello era muy inquietador. Los señores consejeros le aguardaban...

—No sé... no sé... ¡Si se hubiera descubierto! ¡Hay que tener serenidad!

Y se encaminó temblando á saber lo que deseaban los *señores del margen*.

En una galería vió á Oñate, que vociferaba, levantando mucho los brazos, en un grupo que hacía señales de asentimiento. Apenas vió á Claudio, Oñate se separó de los otros, y gritó, zarandeándole por las solapas:

—¡Es usted un ladrón! ¡Ha falsificado usted mi nombre honrado! ¡Con los canallas como usted sólo se hace esto!—Y le lanzó un salivazo en pleno rostro.

Claudio sintió una oleada de vergüenza, y dos lágrimas le quemaron la cara.

—¡Por Dios, amigo Oñate! ¡Por sus hijos de usted! ¡Yo le explicaré lo que ha sucedido; yo pagaré todo lo que sea! ¡No saldrá usted perjudicado!

A unirse á Oñate vinieron los demás estafados. Gutiérrez quería que saliese de la oficina codo con codo para ir al Juzgado. Machancoso opinaba que lo más oportuno era darle una paliza. Martínez quería embargarle hasta la cuna de su hijo.

—¡ Miren ustedes el pedazo de... cornudo; tan manso y tan hipócrita! ¡ Cómo nos ha robado á todos!

Y como un coro alucinante, aullando como energúmenos, levantando las garras, todos los suaves ratones de covachuela le siguieron, gritando:

—¡ Ladrón!... ¡ Ladrón!... ¡ Ladrón!...

Todos aquellos hombres honrados habían sido perjudicados en una cantidad ridícula, que se va en un baile de máscara, en un traje, en un sombrero de moda para sus consortes. No pensaban en la tragedia de aquel pobre hombre humillado y escupido, que lloraba ante ellos; nada les importaba que se hundiera en el deshonor, que perdiera el destino, que fuese á presidio. Un feroz sentimiento de la propiedad, un bajo espíritu conservador les hacía clamar venganza. No querían saber por qué dramas íntimos, por qué angustias cotidianas el hombre digno, el empleado modelo había llegado á tan lamentable fin. Les habían falsificado la firma para sacar unas ridículas pesetas, y aquella honrada canalla necesitaba la expiación más tremenda para el manso y dolorido delincuente.

Era un problema de corazón, y los señores covachuelistas son hombres que aman ciegamente la ley, que es fría y no sabe comprender los dolores humanos; está hecha para castigar, y se llama la venganza pública.

Los señores consejeros, *considerando* su anterior conducta intachable, pero *resultando* que su falta era irreparable, *fallaron que debían condenar y condenaban* al cajero-pagador D. Claudio Pérez á ser echado á la calle con la misma piedad y la misma cortesía que á un perro sarnoso. Y menos mal que no lo entregaban á la Justicia.

Claudio huyó de la oficina, é inmediatamente compró una pistola. Era una mañana de primavera azul y fragante de acacias. Iba hacia su casa como un pingajo, deshecho el espíritu, doblándosele las piernas. La idea de la muerte abría sus alas negras en aquella mañana límpida en que la vida era una luminosa sonrisa de optimismo.

Su familia oyó el relato de la catástrofe sin una palabra de amor ó de consuelo. Don Sepelio se avergonzaba de tenerle en la familia; Blanquita preparaba un traje precioso para ir aquella noche con Julito y su madre á un baile de sociedad. Doña Beatriz se encaró con su yerno:

—Y ahora, ¿qué vas á hacer? Tú no eres hombre que sepas

ingeniarte para sacar billetes, que es lo que se necesita para vivir decorosamente. ¿ Por qué no te vas por esos mundos á rehacer tu vida? En Madrid todos estamos enterados de tu deshonra...

Comprendió que querían deshacerse de él, y replicó con su voz humilde y dolorida:

—Ya he pensado lo que tengo que hacer. No teman que les estorbe...

Después se encaminó á la cuna del niño. El pobre idiota le miró y le tendió en un abrazo ingenuo los bracitos esqueléticos.

—¡ Hijo de mi alma! ¡ Sol de la casa! ¿ Quiere mucho el nene á su papá?

Y lloraba, lloraba silenciosamente sobre la criatura monstruosa, que sonreía siempre, con una sonrisa casi macabra, sonrisa que no conseguía iluminar los ojos hundidos y turbios ni la cara amarilla con manchas purulentas.

Cuando pasó la tormenta de dolor, Claudio contempló con arrobo inefable al pobre y pequeño monstruo. Descargó la pistola y la arrojó en un rincón.

No tengo derecho á morir. ¡ Sería la más miserable cobardía de cuantas he cometido!

El sol doraba la habitación y ponía festones de luz en la cunita blanca. En el aire llegaba el vuelo de un cantar juvenil, y unas campanas sonaban locas, en sonorosos carillones, como cantando el triunfo luminoso de la vida y de la renovación eterna de las cosas.

El covachuelista, calvo, ridículo, desvencijado, sonreía meciendo la cuna, olvidado de su reciente tragedia.

—¡ Vamos á ver á quién quiere el nene! Un beso á su papá. Así. ¡ Hijo de mi vida!

El niño, reclinado en la cuna, levantaba trabajosamente su cabezota, como una bola enorme abatida sobre el cuello, y la movía lentamente de un lado á otro como un grotesco péndulo de alucinación.

## El cafetín de la encrucijada.

Palomo fué feliz con el dinero de la lotería... lo menos un par de semanas. Antes de llegar el primero de mes se encontró sin dinero y sin paga qué cobrar. Pero había vivido como un príncipe. Se compró un frac y unos chanclos de goma. ¡ Estaba harto de

encharcarse los pies! Tuvo una querida, bien oliente y bien alhajada; bebió como un tiburón que bebiera manzanilla; comió igual que doscientos poetas juntos. Y al final, se quedó sin un cuarto y muy sorprendido, como quien despierta de un sueño maravilloso.

Y otra vez á luchar á brazo partido con la pobreza. Envió á su familia á Andalucía, á la casa paterna, y él se fué de trotatierras por el mundo. Fué camarero, policía particular, actor cinematográfico, mozo de cuerda, profesor de baile. Y al cabo de dos años se encontró de nuevo en Madrid, sin dinero, sin comer y sin casa, como por el imperativo de una divinidad cruel y burlesca.

Era una noche glacial de Febrero. De su antiguo esplendor conservaba los chanclos y el frac, porque son prendas que no se toman en el impío Monte de Piedad. Y como esta noche llueve, trae puestos los chanclos, y como no tiene chaqueta, viste de frac, cuyos faldones revolotean bajo un gabán cortito. Sobre las greñas, que á trechos son grises, luce una gorra mugrienta. Está más roto, más desvencijado, más lamentable que nunca.

Entra en un cafetín que hay en una encrucijada de una callejuela tortuosa. Hiela sobre la ciudad una escarcha fina y cruel, que pone fulguraciones de diamante sobre las losas mojadas. Parece que pasa la Muerte, constelando su camino de piedras preciosas. La Pálida es una gran cortesana insaciable, que sale estas noches en busca de los mendigos, de los ex hombres, de los miserables. Y al poseerlos, tiene la coquetería macabra de cubrirlos de diamantes.

Es el cafetín más sórdido de esta villa de hampones y trotacalles. En un rincón hay dos viejos costrosos, que se rascan sus miserias en silencio. No llevan camisa. Unos chaquetones, unas gorras llenas de mugre, sobre los cueros atezados por el sol y arañados por el hielo. ¡A veces hablan lentamente. ¡Tienen toda la noche por suya!

Estos dos viejos hablan bien, con correcta dicción; sus ademanes son distinguidos. Palomo oye exclamar á uno de ellos:

—¡Y yo era rico entonces, créame usted!

Después pide una copa de alcohol, que sorbe unciosamente. Sus ojos brillan como con lágrimas. ¿Llora este viejo harapiento, ó es el aguardiante que le abrasa las entrañas? Sin duda, lagrimea por el alcohol.

Palomo medita:

—¿Qué tremenda historia será la de este hombre, que antes era rico y ahora tiene por hostal los cafetines miserables? Y después

que pase esta noche, ¿qué le aguarda al salir el sol? Y, sin embargo, quiere seguir viviendo; la vida inspira á veces un amor absurdo.

Palomo filosofa; y tiene una sonrisa amarga, porque se ve en aquellos miserables como en un espejo alucinante.

El otro golfo parece un viejo fauno de barro cocido. Sus dientes tienen una enorme ferocidad sobre la rasgadura lujuriosa de los labios. Contempla con fiebre de amor á un harapo de mujer que hay en la mesa de al lado. La hembra representa cincuenta años. Es una furia cenizosa, amoratada, flácida, pútrida. Trabaja en una trapería, en el *claseado*, con las manos hundidas toda la jornada en las basuras de la gran ciudad. La llaman *La Gallina*, como alusión á su temperamento, dado á las dulzuras del amor.

Ella se ríe mucho y bebe café con aguardiente. Tiene la nariz muy roja. *Su hombre* ya lo sabe. Cuando se le *calienta la boca* y empieza á beber, se le va con el primer macho que encuentra en el camino. Es una enfermedad. *Su hombre* abre un ojo, la oye indiferente y torna á quedarse dormido. *La Gallina* representa cincuenta años, y tiene veintiocho. Es una criatura monstruosa, un montón de podre, sin sexo.

*La Gallina* tiene la carrera de profesora de piano. ¿Cómo pudo llegar en tan poco tiempo á tal estado de absurdidad y de abyección? ¿De qué légamo pantanoso está formada esta alma paralítica?

Más allá hay unos ciegos, músicos, que charlan tranquilamente de política. El gran fogón exhala una humareda asfixiante. Detrás del mostrador, un hombre gordo amasa su caudal con el dinero de los que no lo tienen. El techo del cafetín tiene la forma de la tapa de un ataúd. Parece un gran féretro, y los miserables que abajo se agitan una gusanera enorme, de pesadilla.

Se oye una voz que desgarra el ambiente:

—¡Un vaso de cinco, *con puntas*!

Es una mujer vieja, envuelta en un manto pardo, con aires de señora. Da una desolada emoción de abandono, de pobreza, de orfandad. Es un espectro que se sobrevive, una silueta grotesca y desgarrante.

Las *puntas* son los restos atrasados, mordisqueados, fríos, de las buñolerías. Las sobras de estas otras sobras humanas que vienen al cafetín á dormir, á soñar tal vez, á rascarse los piojos con una cierta sensualidad.

Y en el último rincón Palomo vió á un hombre y un niño.

Abrió muchos los ojos, se tiró á un tiempo de ambas guías del bigote, y creyó que el aguardiente empezaba su acción taumatúrgica.

Salió una voz humilde y dolorida del rincón:

—¡Palomo! ¿Estoy tan cambiado que no me conoces?

—Pero, Claudio. ¿Eres tú?

Los dos ex funcionarios se dieron un gran apretón de manos. Palomo quiso solemnizar el encuentro, y gritó:

—¡Mozo! Una de Cazalla y *una ranita.* Tú seguirás abstenio, ¿verdad?

Claudió le interrumpió:

—Traiga usted dos copas. Ya bebo también. Es un refugio en las horas de locura. Los pobres de espíritu, los fracasados, tienen derecho á ese olvido ponzoñoso que hace feliz un momento; se vuelve á ver la vida agradable, al resplandor azulenco que este veneno enciende en el espíritu. ¡Bebamos por nuestro encuentro, querido Jacinto, y también por nuestra miseria! ¡Es lo irremediable! Teníamos que encontrarnos en una sima. Yo no confiaba en verte hasta que una noche, en la fosa común...

Claudio le contó á su amigo toda su tragedia. Después que le echaron, por falsificador, de la oficina, su vida en el hogar era una horrible humillación. Vivía como un parásito, porque su caso se hizo público y no hallaba ningún destino. Allí todos le aborrecían y le despreciaban, Le tiraban la comida como á can. Entonces empezó á beber, á beber con una sed diabólica, pidiéndole al alcohol la energía para vengarse de su calvario grotesco; le pedía al alma misteriosa y loca del vaso la inspiración del crimen... Una noche, estaba completamente beodo, demasiado tal vez. Fué una escena terrible: les gritó todo lo que le habían hecho sufrir, les tiró al rostro sus infamias como pelladas de cieno. Eran todos contra él. Le golpearon, le rompieron, le pisotearon. ¡El chulo bien se ensañó con él!

—Yo apenas podía defenderme. Ya te digo que estaba demasiado borracho. Después me echaron á la calle. En un relámpago de lucidez recordé á mi pequeño Claudio, á quien nadie quería en aquella casa. ¿Qué iba á ser del pobre idiota? ¡Mi hijo!—grité desesperadamente—. ¡Yo quiero llevarme á mi hijo!—y saqué un cuchillo, decidido á asesinarlos á todos. Mi mujer no se decidía á entregármelo; pero su amante le dijo:—¿Qué te importa que se lo lleve? ¡Así nos libra de ese estorbo! ¡Pues es una ganga! Un chico imbécil y paralítico,—Mi mujer me entregó al niño, que

me echaba los brazos al cuello, llorando de terror:—¡'Ahí le tienes! Pero no es tuyo, ¿lo oyes? ¡No es tuyo!—¿Ves qué terrible infamia? Y nos dejaron á los dos en la inclemencia del arroyo y de la miseria.

Guardó un hondo silencio. El niño, corcovado, amarillo, reclinaba la enorme cabeza sobre el corazón de Claudio. Los harapos que le envolvían le hacían parecer más espantoso.

—A esta criatura le debo no haberme muerto aún. Le quiero inmensamente. Por él sufriré lo más espantoso, por él iré sacando la vida adelante, sea como sea. Todas las ternuras de mi alma están cifradas en él. Por su amor, mi espíritu es fuerte.

Palomo murmuró sentenciosamente:

—El verdadero amor es el que sentimos por los hijos. Son nuestra propia carne, pedazos de nuestra misma alma, la prolongación de nuestro ser...

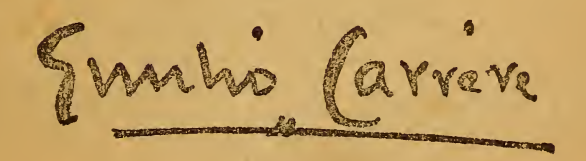
Claudio le interrumpió con una voz opaca y llena de llanto:

—Pero, escucha, Jacinto. Yo estoy seguro, ¿me oyes?, yo estoy completamente seguro de que no es hijo mío...



Y así dijo Jesús, con su palabra aromada de eternidad:

«Bienaventurados los mansos, porque de ellos será el reino de los cielos.»



## Advertencia

Servimos suscripciones de **La Novela Corta** a partir del primer número, si así se solicita.

Esta Administración no sirve números sueltos.



LA NOVELA CORTA, rendirá homenaje a la FIESTA DEL TRABAJO que se celebrará el 1.º DE MAYO, publicando en este solemne día, y en NÚMERO EXTRAORDINARIO, el drama de **JOAQUÍN DICENTA**

# Juan José

con un interesante autógrafo de su autor dirigido a los obreros españoles.



PAPEL DE LA PAPELERA ESPAÑOLA

**LA NOVELA CORTA publicará en breve:**

EL SEMBRADOR, por

# Linares Rivas

LA DAMA DE URTUBI, por

# Pío Baroja

NADA MENOS QUE TODO UN HOMBRE, por

# Unamuno

INTELECTO Y BELLEZA, por

# Pompeyo Gener

2.ª columna

3.ª columna

# La Novela Corta

## Tarifa de anuncios en la cubierta.

| | |
|---|---|
| Última página, entera, con texto a dos colores...... | 700 ptas. |
| Idem. íd. íd. un solo color. | 600 » |
| Línea del cuerpo 7 en la última página, a un solo color, por el ancho de una columna ................. | 3 » |
| Penúltima página, entera, un solo color................ | 400 » |
| Línea del cuerpo 7, en la penúltima página, a un solo color, por el ancho de una columna ......... | 2 » |

Cada página de anuncios de nuestra Revista se divide en tres columnas.

El rayado que cierra este anuncio indica la extensión de cada línea y columna.

Tipografía, Luna, 27.—Madrid.